
WARHAMMER
40,000
+ AGENTE DEL TRONO +
MENTIRAS
Y SANGRE
JOHN FRENCH

MENTIRAS Y SANGRE

***"Agent of the Throne: Blood and Lies"* por John Frech**



SOLO PARA PERSONAL AUTORIZADO



Servicio de Publicaciones de los Sagrados Ordos de Su Divina Majestad. Si está usted leyendo esto y no tiene autorización, ciérrelo inmediatamente y aproveche estos pocos segundos que le quedan para poner su alma en orden. El Divino Emperador lo recibirá de inmediato.

EN MEMORIA DE SUSANA



PERSONAJES:

Ianthe – Agente Inquisitorial

Artabanus – Agente Inquisitorial (Mechanicum)

Elias Cull – Agente la Verdad. (truth bróker en el original)

Dree – Ejecutor – Alcaide Mayor

Covenant – Inquisidor



-¡Señora Ianthe!- gritó Artabanus entre el rugido de los rayos láser y los disparos. **-¡Señora! ¡Los Ejecutores** (Enforcers en el original) **se están acercando!**

-¿Dónde está mi arma?- gemí.

-Su arma de fuego ha recibido la fuerza principal del impacto. Me temo que ya no es utilizable. También ha sufrido daños su extremidad inferior derecha.

-Dame tu pistola…- dije con dificultad. **-Hay una puerta, en el lado opuesto del callejón, a la izquierda, a unos diez metros.**

-La visualizo- contestó Artabanus.

-A mi señal, ayúdame a llegar hasta esa puerta- logré decir entre gemidos.

-Lo acato- respondió Artabanus. **-¿Puedo observar que es muy poco probable que la actual progresión de los acontecimiento**

la ayuden a cumplir con su objetivo manifiesto?

-Anotado. ¡En marcha!- dije, y ambos salimos corriendo.



-¿Quieres que te cuente algo de la primera vida que tomé?- dije vertiendo un poco de líquido en un vaso. Luego dejé la botella sobre la mesa, encendí un cigarrillo de lho e inhalé profundamente.

-Fue en Agatha, de vuelta a casa. Hace ya mucho tiempo. Yo debería tener…, veinte años, quizás veintiuno. Estábamos en una de las ciudades chatarra y había polvo, mucho polvo. El óxido del polvo hacia que la respiración nos supiera a hierro. Éramos… Ya sabes, ahora ya casi ni me acuerdo. Tal vez fuéramos unos veinte. Llevábamos uniformes de combate y equipos para clima templado. Tan verdes como las praderas en primavera. El Mando no había dado cuenta de que, entre las quebradas, destacarían bajo el polvo y el sol como velas a medianoche. Eso, o no les importó en absoluto. Yo había recibido entrenamiento básico para el combate, estaba cualificada para el mando de una unidad de bajo nivel, pero muy básico, todo muy básico. Un soldado de la escuadra, justo delante de mí, dobló una de las curvas del desfiladero y… Los fanáticos de la Regla no eran estúpidos. Locos tal vez, pero no estúpidos. Habían cruzado el cable detonador de una bomba en el espacio abierto. Nadie lo vio, no sabíamos como buscar ese tipo de cosas. La explosión trepó hacia el cielo. El sonido del estallido zumbó en mis oídos durante lo que me pareció una eternidad.

-Me levanté. Los fanáticos de la Regla comenzaron a disparar hacia el barranco. No podían vernos a través de todo el polvo, pero eso no importaba. Sabes, las ráfagas de disparos hacen un ruido especial cuando pasan a tu lado, zumban, como si

alguien te estuviera escupiendo bichos. Yo avancé, seguí moviéndome. Eso es lo que se supone que debes de hacer. Lo enseñan en el entrenamiento básico. Y, de pronto, vi unas figuras delante de mí. Llevaban gafas antirreflejos sobre sus ojos y habían clavado largas cintas con sus reglas sobre su carne y equipo. Los pergaminos estaban pegados con sangre seca y polvo.

Guardé silencio un momento y bebí un trago del vaso mientras un trueno resonaba a lo lejos.

-Ellos levantaron sus armas. Yo disparé primero.



Los disparos rugían furiosos alrededor de Ianthe.

-La puerta está sellada- dijo Artabanus. **-Está fabricada en plasteel, estimo que de unos dos centímetros de espesor. La cerradura mecánica presenta señales de corrosión.**

-Solo tienes que abrirla- le interrumpí, mientras devolvía los disparos.

-El mecanismo de bloqueo no es estándar- siguió Artabanus. **-Tiempo estimado para descifrar la clave: cuatro minutos y treinta y cinco segundos. Tiempo estimado para realizar una incisión térmica: un minuto, cincuenta segundos.**

-Profanadores de las sagradas leyes de los señores de Mitra, salgan al descubierto con los brazos en alto- gritó a lo lejos uno de los Ejecutores.

-¡Artabanus!- aullé.

-Calculando el grado óptimo de aplicación- susurró Artabanus.

-¡El juicio ya está sobre ti!- gritó de nuevo el Ejecutor. **-¡Sométete a la misericordia de la justicia!**

-Ya…- dijo Arbanus, mientras abría la puerta.

-¡Adentro…Ya!- gemí.

Devolví los disparos, después ambos entramos por la puerta y está se cerró tras nosotros.

-Funde el cierre- le ordené a Artabanus.

-Acatando- dijo Artabanus. **-¿Puedo preguntar si el conflicto con los Ejecutores locales era algo planeado?-** preguntó mientras los agentes de la ley golpeaban la puerta desde el otro lado. **-Esta puerta se mantendrá en pie menos de treinta segundo. Señora, ¿qué está haciendo?**

-Cargas de fotones y gases sofocantes- dije, mientras preparaba las cargas.

-Soy capaz de identificar los que ha conectado a la puerta- dijo Artabanus. **-Solo que nunca las había visto utilizar como minas. Fascinante.**

-Artabanus, cállate y ayúdame a correr.

-Acatando. Había subestimado su determinación. La puerta se romperá en…

La puerta se derrumbó, los ejecutores entraron y comenzaron a inmediatamente a toser.

-El gas no les detendrá demasiado tiempo- grité a Artabanus. **-Hay que moverse más rápido.**

-¿Se me permite preguntar si esto significa que da por finalizada su operación en Mitre?

-No, Artabanus- repliqué mientras corría. **-Acabamos de empezar.**



-Mitra X fue mi primera operación en solitario. El inquisidor Covenant, mi entonces señor, me había enviado a eliminar un culto himovórido que había comenzado a convertirse en un problema. Mitra X era un montón de excrementos encorsetados por hierro. Tenía una gran población que vivía principalmente alrededor de las fábricas. Con el tiempo se habían ido amontonando sin ningún orden torres metálicas y edificios, casi los unos sobre los otros, creando profundos callejones llenos de tugurios por los que discurrían torrentes de agua contaminada. Llovía casi sin cesar y el agua tenía un regusto a ceniza.

-Los miembros de ese culto se denominaban a sí mismos como los Hijos de la Eternidad. Habían comenzado siendo un pandilla de asesinos que habían ido medrando en los barrios más profundos de Mitra X. Llevaban ya al menos una década matando cuando yo llegué. Artabanus, uno de los agentes secundarios de Covenant, había informado de ellos como personas de potencial interés. Por aquel entonces, los Hijos de la Eternidad no eran más que otro culto de asesinos que secuestraban gente para matarla, se auto-mortificaban y extraían la sangre de sus víctimas. Abominables, pero ser abominable no es suficiente para llamar la atención de la Inquisición. Para eso necesitas cruzar una línea. Los Hijos de la Eternidad cruzaron esa línea cuando comenzaron a reclutar miembros muy por encima de los profundos niveles de los callejones del sumidero. Eso y ciertas frases que habían comenzado a entrar en el vocabulario de sus creencias: *Us'Kathul*, *Kareneth*, *Scrion*. Palabras que hieren tu lengua cuando las pronuncias. Palabras que llegan desde el más allá, desde la disformidad.

-Covenant había decidido que tenían que ser eliminados antes de que se convirtieran en algo verdaderamente peligroso. Era lo

que el resto del grupo de Covenant denominaban misión periférica, demasiado peligrosa para dejarla en manos de las fuerzas locales, pero no lo suficientemente grave como para que Covenant tuviera que acudir en persona. Así que yo acudí en su lugar. Cuando llegué, la conurbación de Mitras X estaba sumida en revueltas. Los Ejecutores locales estaban intentando acabar con ellas, luchando en los profundos barrios de los sumideros, y todo el lugar estaba a punto de saltar por los aires. En medio de todo eso, yo todavía tenía que encontrar a los Hijos de la Eternidad, y eso sin tener que llamar a las brigadas pesadas. Parece ser que la vida odia la simplicidad.



-Quédese quieta- dijo Artabanus. **-Esta esquirla está resultando ser muy evasiva.**

Nos habíamos topado con los ejecutores a las pocas horas de llegar y todo había ido a peor. No estaban de humor para preguntar a quien disparaban. Después de esquivarlos, entramos en una torre de almacenamiento desierta. Apestaba a moho y agua estancada, pero tenía un buen campo visual y las rutas de entrada eran muy limitadas.

Una vez que nos establecimos, Artabanus había comenzado a sacarme la metralla de la pierna.

-Ahhhh…- gemí mientras mi sangre goteaba hasta el suelo.

-Aquí… Te coseré las heridas. Técnicamente no debería hacer esfuerzos durante un tiempo, pero supongo que no me escuchara.

-Gracias… Ahhh…-gemí.

-Esto la aliviara durante un tiempo.

-Sabes mucho sobre heridas de guerra para…- comencé a decir con vox temblorosa.

-Ser un siervo de la sagrada máquina…- me interrumpió Artabanus. **-Soy un discípulo de la Séptima Trascendencia. Creemos en la progresiva perfección del cuerpo y la mente a través de la integración de la máquina con la carne. Vivimos dentro de esa conexión y seguiremos camino viendo como nuestros cuerpos se convierten en máquinas. Nuestro credo requiere que sepamos sobre la sangre y los huesos.**

Esa respuesta fue suficiente para mí. Artabanus era una extraña criatura. No era un tecno-sacerdote o, al menos, no lo era en el sentido que la mayoría de las personas se espera que sean. Era un devoto-cibernético. Una melena de cables enmarcaba un rostro inexpresivo de bronce. Una capa de tejido de carbono colgaba sobre sus extremidades de metal. En cuanto llegamos a la seguridad de la torre de almacenamiento, había sacado un servo-cráneo flotante de cromo que había enchufado a la conexión que tenía donde debería haber estado su oreja derecha. Estuvo tarareando extrañas y monótonas melodías hasta que le pedí que se callara. La mayoría de las veces no sabía si él esperaba que yo le respondiera a lo que decía. El resto del tiempo me preguntaba que mente humana existiría detrás de la serena máscara. Y aún así, me alegré de que estuviera allí.

-Señora, otra cosa. ¿Puedo preguntar? ¿Deberíamos cambiar de ubicación?

-Esos disparos no van dirigidos contra nosotros, todavía no- gemí.

-Mis disculpas- contestó Artabanus. **–Si la soy sincero, este modo de operar no está dentro de los parámetros habituales de mi experiencia. Esto es inusual. ¿Puedo preguntarla cómo espera que se desarrollen las cosas a partir de este punto?**

-Necesitamos encontrar a dónde han ido los miembros de ese culto- dije entre jadeos de dolor.

-Estaba registrando todo el tráfico de vox de los Ejecutores relacionado con ellos hasta que comenzaron los disturbios civiles, pero no he sabido nada desde entonces- dijo Artabanus.

-Sospechoso, ¿no crees? La desaparición de los Hijos de la Eternidad coincide justo con el inicio de los disturbios- le dije.

-¿Y cómo podemos saberlo?- replicó Artabanus. **-No hay datos que apoyen esa relación causal.**

-No importa- dije sonriendo. **-Si los Hijos de la Eternidad no aparecen en el tráfico de comunicaciones, entonces tendremos que comenzar a acceder a fuentes menos oficiales. Alguien el algún lugar habrá visto algo. Alguien sabrá algo.**

-¿Eso es una esperanza o una convicción?- preguntó él.

-Ja, un poco de ambas cosas- sonreí. **-Necesitamos a alguien que escuche los susurros que no llegan a los informes oficiales.**

-Me gustaría agregar a sus especificaciones a alguien que no está involucrado en la aplicación de las leyes locales.

-¿Conoces a alguien así?- le pregunté.

-Sí- dijo Artabanus, **-pero podría ser… difícil.**

-¿Difícil? Podemos hacer frente a eso- le contesté.



-¿Sabía yo lo que estaba haciendo? No, en realidad no. Tenía experiencia en combate, en matar cosas difíciles de matar, pero, al principio, no tenía ni idea. Ninguna en absoluto.

-¿Sabes qué? Fue la cosa más aterradora que jamás he hecho. Estar allí sola con todo el peso del juramento al Trono Dorado presionando sobre mí tan fuerte que casi no podía ni respirar. La solitaria carga del deber. La sensación de que nadie va a llegar, de que solo estás tú. Lleva un tiempo acostumbrarse a eso.

-Una vez estaba sobre una plataforma de aterrizaje cuando el disparo de un Titán la arrancó de la colmena. Fue en Geldic, creo, la primera vez, antes de que quemaran todo el sur del continente. Yo estaba allí en pie y el Titán salió del humo. Su cabeza estaba al mismo nivel que la plataforma. Nos miró. La máquina nos miró y luego disparó. Creo que comencé a correr. La plataforma comenzó a caer por un costado de la colmena. Podía sentir como el mundo se hundía bajo mis pies. El Titán se dio la vuelta y se marchó. Dos pelotones cayeron como si fueran chinches. En ese momento es en lo que pienso cuando recuerdo mis primeras misiones para Covenant. Esa sensación de que algo poderoso arranca el suelo bajo tus pies y sigue caminando. Eso fue lo me hizo cuando me envío sola por primera vez. Arrancar el suelo bajo mis pies y esperae que yo pudiera correr lo suficientemente rápido como para no morir.



-Aquí no hay nadie- dijo el guardia.

-Eso es manifiestamente incorrecto- replicó Artabanus. **-La puerta que estás protegiendo conduce a una cavidad de sub-servicios que puede albergar al menos…**

-Somos caza-recompensas de un mundo exterior- le interrumpí. **-Necesitamos un agente de información y estamos dispuestos a pagar bien.**

El guardia ladeó la cabeza, como si estuviera oyendo algo que solo él podía escuchar. Era cabeza y media más alto que yo y los músculos injertados abultaban bajo de su armadura corporal. Varios lobo-chips tachonaban su pesada frente, su brazo izquierdo había sido sustituido por un arma rotatoria injertada desde la que goteaba la lluvia por su batería de cañones. Las puertas que había detrás de él eran dos semicírculos de oxidado acero abisagradas a una tubería lo suficientemente ancha como para tragarse todo un transporte de carga. El resto de la ancha calle estaba salpicada de engranajes rotos y depósitos de aceite. Las sombras se reunían bajo las distantes luces de las paredes de los barrios del sumidero.

(Los chip de lobotomía están diseñado para reducir el comportamiento violento y suprimir los arrebatos emocionales mediante el anestesiado de una parte del cerebro del sujeto. Entre las pandillas de Necromunda , a menudo se usa para tratar a los miembros cuyas heridas de batalla los han hecho demasiado inestables incluso para la sociedad de la Colmena, nt)

-Sigue sin haber nadie- dijo el guardia.

-Éste es el llamado Gremio de las Mentiras…- comenzó a decir Artabanus.

-Dile a tu amigo de metal que se calle- le interrumpió el guardia. **-Te lo diré una vez más. Aquí no hay nadie. Estas palabras han terminado o tú estás terminada. Esta…**

Parecía que Artabanus iba a decir algo más, pero lo alejé. No hubiera tenido sentido. Habríamos tenido que matar al guardia para abrir la puerta y, si bien eso no hubiera sido muy difícil, no serviría de nada. No necesitábamos más enemigos detrás de nosotros.

-Volveremos- dije.

-Muere ahora, muere luego. Ninguna diferencia- dijo el guardia.

Nos alejamos y nos metimos en el primer callejón al que llegamos. Saqué un arma. En lugares así, eres un tonto si no tienes el dedo en el gatillo.

-Señora, si el Gremio de las Mentiras no nos recibe- comenzó a decir Artabanus, **-entonces no nos queda ningún otro modo de recopilar la información que necesita.**

Habíamos caminado diez pasos por el callejón cuando la parte posterior de mi cráneo se estremeció. Me quedé sin aliento y la sangre comenzó a hormiguear en el interior de mis venas. Era una vieja reacción, desarrollada hacía ya mucho tiempo, y que arrastraba conmigo como si fuera mi propia sombra. A veces me hacía despertarme en mitad de la noche, sudando y a punto de gritar. En otras ocasiones me salvó la vida.

-¿Señora?

-Sigue avanzando- le respondí.

Vi una sombra aferrada a un tramo de escaleras que conducía a un pórtico que pasaba por encima del callejón.

-Yo…

-¡Abajo! ¡Ahora!- le grité.

Lo empujé con fuerza hacia un lado. Cayó detrás de una gruesa tubería que subía por la pared del callejón. Me dejé caer mientras me giraba hacia atrás. Mi arma disparó al instante. Era una pistola automática Hecuter, cargada con proyectiles deformables llenos de mercurio, y supresor sónico incorporado.

-¡No dispares!- gritó alguien.

Disparé tres veces contra el pecho de la figura mientras se levantaba y gritaba. La silueta se derrumbó. Corrí hacia ella apuntándola con mi pistola, mientras mis ojos recorrían el callejón. Si hubiera más emboscados, actuarían ahora. ¿Por qué estaba corriendo hacia la persona a la que acaba de disparar? Muy sencillo, la agresividad gana peleas y existía la posibilidad de que aún estuviera vivo y todavía fuera una amenaza. Había gritado que no lo disparara antes de que lo alcanzara. Puede que pienses que no debería haber abierto fuego o que tengo el gatillo muy fácil. Pero no

es así. Es lo que te mantiene con vida en el extremo peligro. Si alguien sale en medio de la oscuridad y no lo disparas porque él te lo pide, eso es que estás pidiendo a gritos que te conviertan en un fiambre.

-Aaayy…Sagrados dientes…Ahhh…del Emperador…- gimió una voz entre lágrimas.

Cuando llegué a su altura, el hombre se había dado la vuelta y gemía entre lágrimas. La tenue luz mostraba una cara delgada enmarcada por cabello negro retorciéndose de dolor. Yo ya tenía mi arma apoyada contra su cabeza. Tres tirones de gatillo y su cráneo se convertiría en una masa gelatinosa estampada contra la pared que tenía detrás de él.

-Eres rápida…- gimió el hombre. **-Trono, creo que me has roto algunas costillas.**

No le disparé. Debería haberlo hecho.

-¡Levanta las manos, y qué estén bien abiertas!- grité.

El hombre levantó las manos y por fin logré verlo con claridad. Era alto y delgado, de rasgos afilados y un brillo de inteligencia en sus ojos. Llevaba un largo abrigo de piel sintética que se abrió al moverse. Sobre su pecho llevaba un chaleco blindado reforzado. El tejido antibalas brillaba allí donde mis balas de cabeza deformable se habían aplastado, convirtiéndose en irregulares monedas de metal desgarrado. Eché un vistazo a las pistoleras que llevaba en su axila y junto a su muslo. Los ojos del hombre se encontraron con los míos. No movió las manos.

-Ni siquiera lo estoy pensando.

-Si lo haces, los siguientes tres disparos irán dirigidas contra tu cabeza, no contra tu pecho. Artabanus, tiene dos armas visibles. Una debajo de su brazo izquierdo y otra en su muslo izquierdo. Quítaselas y comprueba si tiene otras.

Artabanus se acercó y se inclinó sobre el hombre. Las cromadas manos metálicas sacaron un cañón de mano y una pistola automática compacta de las fundas, ambas armas con un acabado en grafito negro, y parecían estar bien mantenidas.

-Buena calidad, fabricación local. Se han eliminado lo sellos de la forja y… oh… ¿qué esto?

Artabanus sacó tres discos de metal negro del tamaño de grandes monedas de las pliegues del abrigo del hombre. Bandas de seguridad radiales brillaban en sus caras.

-Dispositivos furtivos multi-espectrales, supresores sónicos, distorsionadores y anuladores de auxpex. Aparatos muy raros y hermosos- dijo Artabanus.

Seguí mirando fijamente al hombre. **-¿Quién eres?**

-Vayamos al grano, ¿quién es usted, peregrina? Escuché lo que le decía al matón (mostler en el original) **en la puerta de la sala del Gremio, ahí atrás. Se podían oler las mentiras, por eso no le dejó entrar-** dijo el hombre, luego se encogió de hombros, casi disculpándose. **-No sois cazarrecompensas, ni de fuera del planeta, ni de este ¿verdad?**

Esas palabras helaron mis entrañas. Iba tener que matarlo. Esta misión se iba desmoronando minuto a minuto. Algo debió leer en mis ojos porque comenzó a hablar antes de que yo pudiera apretar el gatillo.

-Ha sido fácil, muy fácil, pero eso no importa. No quiero saber nada. Ni siquiera quiero adivinarlo.

-Eso es incompatible con estar observándonos de forma encubierta- arguyó Artabanus.

-Solo quiero hacerles una oferta. Eso esto.

-¿Una oferta? ¿Quieres ayudar a dos extraños que dices que no son lo que dicen ser?- le pregunté.

-¿Ayudarles?- no dijo el hombre. **-Bueno, no al menos de forma gratuita. Iba a ofrecerla mis servicios.**

Los engranajes de mi mente, bloqueados por la descarga de adrenalina, comenzaron nuevamente a girar.

-Eres miembro del Gremio de las Mentiras. Un informante de alquiler.

El hombre sonrió. **-Antiguos pecados.**

El Gremio de las Mentiras era una peculiaridad local de Mitra X. El Gremio de las Mentiras ofrecía información a cualquiera que pudiera pagarla, facciones de las distintas bandas, unidades de los Ejecutores locales, o cualquier otro miembro de la población. Eran igualmente odiados e imprescindibles para el correcto funcionamiento del orden civil y penal, y vendían sus servicios a cualquiera que pudiera pagarlos. Al menos eso es lo que me contó Artabanus. Habíamos acudido a ellos para tratar de encontrar a los Hijos de la Eternidad.

-Señora, no me siento cómodo con cómo se están desarrollando los acontecimientos- dijo Artabanus.

Mantuve mi pistola levantada a la altura de la sonrisa del hombre. A decir verdad, yo me sentía incluso menos cómoda con el curso de los acontecimientos. Mi cerebro me estaba gritando que apretara el gatillo y me alejara de allí. Pero nos estábamos quedando sin opciones y viendo como las posibilidades de éxito desaparecían en el horizonte.

-¿Cómo te llamas?- pregunté.

-Elias Cull, a su servicio. Bueno, siempre y cuando pueda permitirse pagar el precio.

Vi como la sonrisa se ensanchaba en el rostro de Cull.

–Debo estar perdiendo la cabeza- dije, baje mi arma y negué con la cabeza. De repente, empecé a darme cuenta de que este campo

de batallas ofrecía algunas ventajas que aún no había apreciado. **-¡Levántate! Tenemos que salir de las calles.**



-La memoria es algo extraño, ¿verdad? Hay algunas cosas que puedes recordar perfectamente, totalmente nítidas y claras, como si hubiera pasado hace solo un segundo, y, en cambio, otros fragmentos del pasado son todo… espacios vacios y grietas. Recuerdo la oficina de mi padre: las pequeñas cajas de madera llenas de anotaciones y deslustradas placas de latón delante de cada una de ellas. Puedo recordar el olor de los muelles marítimos cuando visitábamos la costa en verano. Aquel hedor a pescado y salmuera, horrible, cierto, pero no puedo evitar sentirme feliz cuando huelo algo parecido.

-Después de que Covenant me convirtiera en su acólita, una de las cosas que más preocupaban eran mis recuerdos. Todas aquellas misiones que había realizado para la Inquisición habían sido arrancadas de memoria, como semilla de fruta madura. Yo entendía la razón, por supuesto. Los demonios son criaturas que pueden corromperte sencillamente por el hecho de conocer su existencia.

-La gente común, los soldados, incluso los Adeptus Astartes que entran en contacto con las criaturas de la disformidad, se enfrentan a la paz de la ejecución o al olvido a manos de un telépata. Qué me permitieran enfrentarme contra ellos y seguir viviendo, era todo un honor, aunque eso me costara la memoria.

-Es muy gracioso recordar algo que, en ocasiones, no quieres recordar. Y entonces te preguntas que otros recuerdos te habrán arrancado.



-Ella llega dos minutos tarde- dije por el vox.

-Paciencia, vendrá- contestó Cull.

-**Un minuto más, Cull y nos retiramos-** le contesté.

Cull sonrió para sí mismo y encendió otro cigarrillo de lho. La brasa de la punta del palo brilló en un intenso blanco en mi mira de visión nocturna. El humo se elevó hacia salida de humos del techo. Parecía que no le importa absolutamente nada que yo tuviera un fusil largo de francotirador de alta potencia apuntando directamente a su espalda.

-Señora- llamó Artabanus por el vox. **-Estoy detectando vibraciones del aire en consonancia con los pasos de un humano fumador de lho dirigiéndose hacia la localización de Elias Cull.**

-Se lo dije- intervino Cull por el vox.

Estábamos en la salida de una tubería de drenaje del tamaño de un túnel de carreta. Estaba casi totalmente a oscuras, excepto por el pálido resplandor fluorescente de los brotes de musgo que colgaban en las grietas de las paredes. No me gustaba nada de ese lugar. Solo tenía dos entradas, y si alguien quería llenar todo aquello de explosivos o de tropas, nos atraparían. Dado lo novedoso de nuestra asociación con Cull y del hecho de que esta reunión también fuera idea suya, yo esperaba que todo aquello fuera una trampa. Por eso estaba un kilómetro por detrás de Cull, mirándolo a través de un visor de alta potencia, lista para convertir su cráneo en humo.

Escuché el sonido de unos pasos acercándose.

-Aquí viene ella. Por el amor del Trono, conserve la calma- dijo Cull por el vox.

Vi como una Ejecutora se acercaba entre las penumbras. Vestía ropa oscura debajo de una armadura blanca con refuerzos de plasteel sobre sus hombres y muslos. Dos líneas rojas corrían a lo largo del lado izquierdo de su peto, señalándola como Alcaide Mayor. Tenía una pesada pistola sobre su muslo derecho y un mazo de choque extensible colgaba de su cintura. Su rostro parecía adusto y tenso. Parecía una persona a la que se la estaba agotando la paciencia y que podía estallar violentamente en cualquier momento. Se detuvo a diez metros de Cull, sacó un cigarrillo de lho, se puso en la boca y lo prendió con un encendedor.

-He oído que esta temporada ha llovido mucho más- dijo Cull a la Ejecutora.

-Ya vale, Cull. ¿Qué es lo que quieres?- contestó una voz femenina.

-Di la contraseña, Dree. En estos días hay ser muy precavido- contestó Cull.

- Ha llovido lo mismo que la temporada pasada. Y ahora, empieza a hablar antes de que se me acabe la paciencia y me vaya.

-Los Hijos de la Eternidad- comenzó Cull. **-Un desagradable y pequeño culto a cuyos miembros les gusta inyectarse en sus venas la sangre de otras personas y que se creen que eso les hará vivir para siempre.**

La Ejecutora le dio una larga calada al cigarrillo de lho y luego negó con la cabeza. **-No puedo ayudarte.**

Ella comenzó a alejarse.

-La semana pasada andaban moviéndose por aquí y, de repente, han desaparecido. ¿Dónde se han metido? Tú les perseguiste con dureza. ¿Es posible que otra pandilla decidiera

que había que acabar con ellos? Tú debes saber algo. Alguien debe saber algo.

-Creía que los agentes de la verdad lo sabían todo, pero veo que no- contestó Dree.

-¿Sabes algo, verdad?- inquirió Cull.

Observé sonreír a Dree a través de la mira telescópica del fusil, con el cálido humo brotando de entre sus labios. Ella sujetaba el cigarrillo de lho con su mano derecha, la izquierda descansaba en su cintura.

-¿Quién te ha enviado a este trabajo, Cull?

-No te lo puedo decir, ya lo sabes, Dree.

-Vas a decirme para quién trabajas o no hay trato.

Cull sostuvo la mirada de la Ejecutora durante un segundo y luego negó con la cabeza.

-El precio es el de siempre, Dree, no negociar con toda la información que tengo sobre ti- contestó Cull.

La Ejecutora le dio otra calada al cigarrillo. La sonrisa de serpiente no abandonó sus labios.

-Dos forasteros se acercaron a tu gremio- comenzó Dree. **-Dijeron que eran cazadores de recompensas. Nosotros enviamos un mensaje para que no se les proporcionara ninguna información, o que acabaríamos con todos los agentes de la verdad con los que nos topásemos. Se les denegó el acceso. Pero tú, Cull, podrías encontrar ese trabajo interesante, solo porque alguien te ha dicho que no lo hagas. Dime dónde están y saldrás vivo de esta.**

Cull se puso rígido, un movimiento casi imperceptible. Respiré profundamente y contuve la respiración. El ligero temblor lateral en la mira se estabilizó. Cull sonrió a la Ejecutora.

-Entonces, no hay trato.

La Ejecutora fue muy rápida, muy rápida. Su mano derecha saltó hacia la pistolera.

Mi primer disparó alcanzó a la Ejecutora en la garganta e hizo estallar la parte posterior de su cuello. Ella gritó y cayó hacia atrás, con los ojos muy abiertos y la sangre brotando a borbotones de la herida. Mis siguientes dos disparos la dieron mientras caía al suelo.

-¿Qué…?- dijo Cull por el vox.

Cull se volvió y gritó hacia el túnel. Luego se giró de nuevo, mirando hacia el cadáver de la Ejecutora.

-¿Qué has hecho?- preguntó por el vox.

-Te he salvado la vida- le contesté por el vox. **-Artabanus, mantén los ojos y los oídos bien abiertos ante cualquier cosa que se aproxime desde cualquier extremo del túnel.**

-Afirmativo- respondió Artabanus.

Un fino hilo de humo salía del cuerpo de la Ejecutora.

-Ella era una Alcaide Mayor- dijo Cull por el vox. **-Esto solo era una negociación. ¿Al menos sabe…?**

-Independientemente del tipo de aliada que pensaras que era, lo cierto es que ya no lo era- le contesté. **-Te iba a disparar.**

Cull se quedó inmóvil, mirando el cadáver de la Ejecutora. **-Eso no tiene sentido. Durante cuatro años ella fue mi mejor contacto con los Ejecutores. Era muy desagradable, corrupta, pero fiable.**

-Ella dijo que los Ejecutores sabían de nosotros- dije. **-Ella no vino aquí para darte información. Ella vino para averiguar si tú sabías algo sobre nosotros. No me habías dicho que los Ejecutores habían ofrecido una recompensa. ¿Qué más no me estás contando, Cull?**

-Está bien- dijo Cull por el box. **-Se ha corrido la voz sobre usted y el tecno-cultista. Un acuerdo de captura o muerte. El Gremio se queda fuera de ese tipo de cosas, pero accedió a informar a los Ejecutores si nos solicitan ayuda.**

-Así que nos habías traído hasta aquí para entregarnos- le acuse.

-¿No estabas escuchando?- dijo Cull. **-Estaba haciendo lo que acordamos.**

-¿Por qué vas contra tu propio Gremio?- le pregunté por el vox.

-Tengo curiosidad- contestó Cull. **-Toda la conurbación se está volviendo loca. Todos estos disturbios parecen salir de la nada. Por un minuto, todo parece normal, en orden, y, de repente, todo se llena disparos y de llamas por todas, y nadie sabe por qué. Los Ejecutores están operando con la orden de disparar a matar. Mucha gente está muriendo y, en medio de todo esto, la gente se preocupa por dos extranjeros de los que nunca he oído hablar. Entonces, cuando te vi, se ocurrió que, tal vez, podría encontrar algunas respuestas.**

-Ese tipo de curiosidad no es nada saludable- le contesté por el vox.

-¿Acaso la parezco una persona que se pasa todo el día pensando?- contestó Cull.

-Señora, mis sensores están detectando movimiento- nos interrumpió Artabanus.

Levanté la vista de la mira telescópica. Había centrado demasiado tiempo mi atención y olvidé que lo vulnerables que éramos en el túnel del conducto de drenaje.

-¿En qué dirección?- pregunté.

-Eso es lo extraño, señora- dijo Artabanus por el vox. **-El movimiento procede de cerca del señor Elias Cull, de donde**

usted disparó a la Ejecutora.

Miré en aquella dirección a través de la mira telescópica. Cull se estaba volviendo hacia la Ejecutora que yacía muerta en el suelo. El humo que salía del cadáver se iba enroscando en la oscuridad. Mi dedo acarició el gatillo.

-¿Qué es…?- gritó Cull por el vox.

-¡Cull! ¡Aléjate de ahí!- rugí.

Cull no discutió y comenzó a retroceder. Había corrido apenas dos pasos cuando el cadáver de la Ejecutora se levantó del suelo. El calor emanaba de entre sus ennegrecidos dientes mientras respiraba. El cuerpo no se puso en pie, sino que levitó como si fuera una marioneta y alguien estuviera tirando de sus hilos. De la Ejecutora caían chorros de sangre. El aire parpadeaba alrededor de las ardientes grietas que abrían en su piel. Finalmente, su cabeza se levantó, con la mandíbula inferior colgando. Sus ojos eran infernales. Incluso a esa distancia podía notar el olor a azúcar quemado y a ozono que emanaba de la figura. Disparé.

Disparé el resto del cargador contra el pecho de la Ejecutora. Pedazos de carne carbonizada saltaron de su torso. Se estremeció, pero no cayó. El cuerpo se retorció, sus huesos se agrietaron comenzaron a alargarse, su cráneo se alargó. Mis manos arrancaron el cargador agotado y coloqué uno nuevo en su lugar. Yo soy muy rápida, era un movimiento perfeccionado tras décadas de prácticas, pero aún así, fui demasiado lenta. La criatura estaba creciendo más rápido. El calor hizo que la sección del túnel que la rodeaba se volviera rojo cereza.

-Sagrado enemigo…- escuché decir a Cull.

Seguí disparando. Los proyectiles se estrellaron contra el pecho de la criatura. Cull se lanzó hacia ella, con una pistola en cada mano, gritando mientras disparaba. Uno de los proyectiles se estrelló contra el cráneo de la Ejecutora e hizo que la cabeza girara entre un

crujido de vértebras. La cosa tembló y, por un segundo, pareció que iba a caer. Luego corrió hacia adelante.

La criatura rugió mientras hileras de ojos crecían en la rasgada carne del rostro de la Ejecutora. Lanzó una mano hacia Cull. Sus dedos se convirtieron en afiladas garras mientras los últimos pedazos de armadura y de carne ardían en su cuerpo.

Uno de mis disparos reventó su rostro y el parte posterior de su cráneo. Restos de carne abrasada saltaron por el aire y descargué el resto del cargador sobre ella antes de pudiera volverá moverse. La criatura cayó al suelo. Su carne comenzó a humear y se convirtió en una ceniza blanquecina.

-¿Por todos los santos, qué es eso?- gritó Cull.

Me colgué el fusil láser a la espalda y corrí por el túnel hacia Cull mientras sacaba mi pistola. El agente de la verdad estaba pálido, las humeantes armas que llevaba en sus manos temblaban ligeramente. Antes de que llegara a su altura, se dobló y comenzó a vomitar.

-Oh…Oh… Dios-Emperador…- dijo Cull entre arcadas. **-Ella estaba quemándose… ¿Qué ha pasado?**

Le agarré del brazo, él trató de liberarse.

-Muévete… ¡Ya!- le dije.

-Tú solo… nosotros…- dijo Cull mientras comenzaba a correr.

-Artabanus- llamé por el vox mientras corría. **-¿Alguna señal de hostiles?**

-Negativo, señora- contestó Artabanus. **-Todo está despejado hasta donde alcanzan mis sensores y no hay signos de hostiles en nuestra principal ruta de retirada.**

Mientras corríamos, Cull, aún medio tambaleándose, miró hacia el montón de carne quemada y hueso que estábamos dejando atrás.

Mi propia mente me daba vueltas. Tenía de la sensación de que acababa de encontrar algo mucho más importante que un culto al que era necesario purgarlo silenciosamente.

-¿Quién es usted? ¿Qué es todo esto?- preguntó Cull mientras corría.

-No quieres saberlo- le respondí.



-No hablamos de ellos. De los demonios, quiero decir. Es una de las primeras lecciones cuando luchar contra ellos. No hablas de ellos, no los nombras.

-Pero son reales. Esperan en los límites de la vista y del tacto. Todo lo que ansían es un camino hacia el cálido mundo de la carne, el aliento y la luz. Y una vez que están aquí, hacen realidad nuestras pesadillas. Y el saber de ellos, nombrarlos, les permite entrar.

-Así que no hablamos de ellos.



-Quiero saber que está pasando- dijo Cull, furioso. **-Dios Emperador, acabó de ayudar a asesinar a un Ejecutor Alcaide Mayor. Necesito saber qué ha pasado.**

-No, no lo necesitas- le contesté.

-Qué demonios…- gruñó. **-Ustedes son… ni siquiera sé lo qué son.**

-¿Cull?- le dije pausadamente.

-¿Sí?

-¡Cállate!

Se quedó en silencio. Cull, una vez calmado, nos había llevado hasta un taller mecánico abandonado. Todavía temblaba por el efecto de la adrenalina y el miedo. Pero ya había pasado de la conmoción a la ira. Se derrumbó con las manos metidas en sus bolsillos. Yo le había quitado sus armas, por supuesto. Podía haber salido corriendo, pero no lo había hecho. Eso y el hecho de que parecía más concentrado de lo que me esperaba, complicó aún más mi posible decisión sobre si debía matarlo.

-He preparado la señal tal y como usted lo especificó, señora- comenzó a decir Artabanus, **-pero llegar hasta un astrópata y que me autoricen a usarlo no será nada fácil.**

-Haz todo lo que tengas que hacer, pero hazlo- le respondí. **-Y luego vuelve aquí. Una hora Artabanus. Si no puedes llegar en ese tiempo, desaparece.**

-Como quiera, señora Ianthe.

Artabanus se inclinó antes de desaparecer en la brumosa lluvia. Cull vio como la puerta se cerraba y se volvió a mirarme. Había cautela en sus ojos, pero, de alguna manera, parecía más tranquilo.

-Querías deshacerte de él, ¿verdad?- dijo Cull. **-¿Y cómo lo harás? ¿Una de esas balas de mercurio en la cabeza o algo menos rápido?**

Sostuve su mirada. Se había dado cuenta de lo que pasaba, o al menos en parte. Muy inteligente por su parte, pero Elias siempre lo fue. Me encogí de hombros.

-Todavía no me he decidido- dije.

-Una bala sería mi opción preferida- dijo Cull. **-Es más… amable.**

Frunció el ceño durante un segundo y luego movió la cabeza.

-¿Un astrópata?- preguntó. **-Eso es lo que dijo Artabanus. Es un tipo de comunicación para el exterior del planeta, para muy lejos del planeta. Y ni siquiera se ha molestado en pensar en todo lo que necesita para persuadir a alguien de que les permitiera usar un astrópata. Eso la convierte…**

-Sirvo a un inquisidor- le dije. **-Soy agente del Trono.**

Cull comenzó a reírse nerviosamente. **-¿Está bromeando? ¿Verdad?**

No le respondí.

-¡Por las lágrimas de diez santos!- exclamó. **-Lo dice en serio…**

Yo asentí ligeramente. Él cerró los ojos y se llevó la palma de la mano a su frente.

-Estoy haciendo un trabajo- dije. **-Pero se ha vuelto casi imposible finalizarlo, así que necesito ayuda.**

-¿Yo?- exclamó asombrado. **-¿Necesitas mi ayuda?**

-Es la única opción que tienes- le dije. **-Has visto… algo que no debería conocer, algo que nadie debería conocer. Hay criaturas que viven entre las sombras, como las malas hierbas a lo largo de un camino. No viven, pero ansían las almas de los vivos. Lo que se manifestó en la carne de tu contacto con los Ejecutores, fue una de esas criaturas. He confirmado tu sentencia de muerte contándote esto.**

-¿Y si te ayudo, que ganó?- preguntó Cull. **-¿El perdón?**

-No ganas nada, pero puedes vivir un poco más.

-Eso suena como una oferta que no puedo rechazar- contestó.



-Si se me permite- dijo Artubanus por vox, **-esta instalación parece notablemente tranquila dado los trastornos que se están produciendo en el resto de la conurbación.**

-Hay muchos Ejecutores por la zona, intentando pacificar la situación- dijo Cull.

-O este es el ojo de la tormenta- le dije con una sonrisa entre la pesada lluvia.

El complejo de los Ejecutores era un grupo de estructuras con gruesos muros, colgando con cables y vigas a la pared del sumidero más grande de la ciudad. Lo estábamos vigilando desde el mismo borde del acantilado. Ciento cincuenta metros de escarpado y oxidado acero nos separaban del techo del recinto. Su superficie estaba salpicada de respiraderos y antenas. A través de mis visores de infrarrojos puede ver armas montadas en trípodes, torres, sirenas y reflectores. Habría sido un objetivo difícil, incluso con todo un pelotón de soldados.

-Sus vehículos se bajan en plataformas hasta el fondo- dijo Cull. **-Los centros de detención e interrogación están en la zona inferior.**

-¿Lo sabes de primera mano?- pregunté.

-Bueno, las personas que se convierten en agentes de la verdad no suelen llevar unas vidas demasiado sencillas– contestó él.

-¿Algo más?- le pregunté.

-Supongo que dentro habrá… unos ochenta, tirando por lo bajo. ¿Sigue pensando que es buena idea?

No le contesté. La verdad es que no estaba segura de que todo aquello que estábamos haciendo no fuera nada más que un suicidio. Después de mi encuentro con la Ejecutora en el túnel del sumidero,

dos cosas quedaron claras. Los poderes de la disformidad ya estaban activos en Mithras X, y que la corrupción se había instalado entre los Ejecutores. No sabía cómo eso estaba relacionado con el culto que había venido a purgar, pero lo que sí que sabía era que, mientras trataba de encontrar a los Hijos de la Eternidad, habíamos tropezado dos veces con los Ejecutores y un demonio había poseído a una de sus oficiales. Esa ya era razón suficiente para mí. Puedes pensar que era una actitud muy temeraria e irreflexiva. Puede que tengas razón. Pero la Inquisición no la da la bienvenida a la cautela si esta conduce al fracaso.

-Señora- llamó Artabanus por el vox. **-Ya estoy en la posición que me especificó. He desplegado dos servo-cráneos en el cañón, por debajo de las instalaciones de los Ejecutores. No es lo ideal, pero la cobertura de los sensores es la adecuada. Los explosivos ya están colocados en su posición en la pared del cañón. Todas las cargas están bajo mi control, como ordenó.**

-Confirmado y entendido, Artabanus- le contesté por el vox.

Miré a Cull. Todavía llevaba puesta su abrigo para tormentas, pero se había apartado el largo cabello de la cara. Sonrió. A través de mis infrarrojos vi totalmente blanca su amplia sonrisa.

-Nunca pensé que haría algo tan estúpido- dijo Cull. **-Y para mí, eso ya es decir.**

-Revisión de equipo- le dije. **-¿Gafas de infrarrojos? ¿Armas?**

-Sí y sí- contestó Cull.

-¿Paracaídas gravitacional activado?

-¿Y cuál es el interruptor?- preguntó Cull. **-Oh… Sí… ya. Listo.**

-Hay tres Ejecutores sobre el techo- avisó Artabanus por el vox. **-No hay señales de que les hayan visto.**

-Confirmado, Artabanus. En posición- dije.

Me coloqué al borde del acantilado. Cull se puso a mi lado. Una ráfaga de viento cargada de lluvia nos azotó.

-Es una caída muy larga- dijo un nervioso Cull.

-Salta en tres… dos… uno…- dije.

Ambos dimos una pequeña carrera y saltamos.

-Ooohhh… Aaaahhh- gimió Cull mientras caía. **-¡Emperador, protégeme…!**



-Yo era una soldado paracaidista. Quinto de Agathian, la élite. No había ninguna unidad más dura en la que llevar el uniforme desde los tiempos de los héroes y las leyendas. Una vida de asaltos rápidos, de sentir como el suelo se aproxima a tu encuentro mientras buscas tus presas, eso si no te toca a ti descubrir que sucede cuando falla el paracaídas gravitatorio. Buenos tiempos. Muy buenos tiempos.

-Hasta que se acabaron. Hasta que el Quinto de Agathian… cayó casi al completo. Un mal salto. Una larga caída hacia un infierno llameante. Y ahora…

-Sabes, es una cosa muy graciosa. Yo odiaba las alturas, posiblemente todavía las odie. Pero me encantan las caídas.



Caímos por la cara del acantilado, dos formas envueltas por la oscuridad. Bajo nosotros, el techo del edificio de los Ejecutores

subía rápidamente a nuestro encuentro. Cull caía detrás de mí, con los brazos extendidos para controlar su descenso.

-Cien metros- informó Artabanus por el vox.

Las formas de los Ejecutores destacaban en un blanco anaranjado en mis infrarrojos, columnas de aire caliente se elevaban desde las chimeneas que sobresalían del techo junto a ellos.

-Cincuenta metros- dijo Artabanus.

Yo no había venido a Mitra X con las manos vacías. Puede que me hubieran enviado sola, pero había traído conmigo todas las herramientas que pensé que podría necesitar y algunas cosas más.

-Diez metros, señora. Va a…

Activé el gravitatorio al máximo. El brusco frenazo estremeció mis extremidades. Salté en el aire y cogí mi arma. El Ejecutor de pie junto a un respiradero miró hacia arriba, alertado por el sonido producido por el campo gravitatorio. Disparé antes de que pudiera abrir la boca para gritar. Mi arma era una carabina automática cargada con proyectiles perforantes. Mi primer disparo se abrió un sangriento camino en la coraza del Ejecutor.

El Ejecutor se derrumbó contra el techo de metal justo cuando aterricé. Un segundo Ejecutor se volvió hacia el sonido. Mi siguiente disparo le alcanzó en el hombro derecho. Se tambaleó contra la barandilla que rodeaba el techo. Otro disparo le hizo pedazos la cabeza. El hombre chocó contra la barandilla y saltó sobre ella hacia el cañón del sumidero que corría por debajo, dejando tras de sí solo la sangre y el silencio.

-Señora- dijo Artabanus. **-Aún permanece un humano sobre el techo. A veinte metros, noventa grados a la izquierda.**

-Gracias- le contesté.

Di una vuelta alrededor de una gran chimenea de ventilación. Estaba claro que la última Ejecutora había oído algo porque se

estaba levantando de donde estaba sentado, con su escopeta de combate preparada entre sus manos y abriendo la boca para gritar. No logró terminar lo que iba a decir.

Me di la vuelta y vi como Cull descendía sobre el techo. Se enderezó, recuperando el equilibrio como si acabara de descender a tierra firme desde un barco. Llevaba las pistolas firmemente aferradas en sus manos.

-No creo que quiera acostumbrarme a esto…- dijo Cull, respirando con dificultad.

-Coloca las cargas en las antenas de comunicaciones- le dije. Esperé algún tipo de respuesta irónica, pero no llegó ninguna. Sencillamente, Cull se aproximó a la cercana maraña de antenas y se quitó una bandolera de granadas crack que llevaba alrededor de su cintura.

-No hay señales de que la hayan detectado, señora- dijo Artabanus por el vox. **-Su punto de entrada al interior del reciento es el respiradero que está a diez metros a su derecha.**

Me dirigí hacía la rejilla de ventilación y comprobé los sellos de mi máscara antigás.

-Cargas en posición- dijo Cull.

-Confirmado- dijo Artabanus por el vox.

Asentí y coloqué una granada crack en la rejilla de ventilación. Su runa de armado pasó de ámbar a verde. Asentí con la cabeza hacia Cull y saqué un pesado cilindro de gas de una bolsa que llevaba colgada bajo mi cintura. Nos acercamos a ambos lados del respiradero, y nos agachamos, con los ojos cerrados y las bocas bien abiertas, para que la onda expansiva no destrozara nuestros tímpanos.

-Listo- dijo Cull.

-Detona las cargas- ordené.



Bajamos al edificio y nos adentramos en su interior. El gas sofocante nublaba el aire. Los Ejecutores que nos encontramos tosían, medio axfisiados. No tenían máscaras antigás a su alcance cuando yo arrojé el cilindro de gas por el respiradero. Acabé con ellos con mi carabina automática. Cull se estremeció la primera vez que maté a uno, pero no dijo nada. Había algunos lo bastante inteligentes como para comenzar a colocarse las máscaras, pero estaban muy dispersos. Los pistoleros solitarios son peligrosos, pero están ciegos si se les pone a la defensiva. Eso les hace más fáciles de matar.

-Cuidado, a tu izquierda- dijo Cull.

Varios disparos acabaron con el Ejecutor, que se derrumbó con un gemido.

-Recarga- le ordené.

-Aquí debería haber más hombres- señaló Cull. **-Incluso aunque la mayoría de ellos estén diseminados por toda la ciudad, aquí debería haber más.**

-Todavía nos queda el área de detención- le dije.

Cull me miró, tenía la cara oculta por las gafas y su máscara antigás. Llevaba el abrigo largo de cuero sintético abotonado hasta el cuello y mantenía su cañón de mano y su pistola automática sueltas a la altura de sus piernas. Todavía llevaba el paracaídas gravitatorio sobre la espalda.

-Por aquí- le indiqué.

Matamos a cinco Ejecutores más antes de llegar a la entrada del área de detención. Era una puerta blindada, pintada con bandas diagonales negras y amarillas.

-Aquí está- señaló Cull.

La pintura de la puerta estaba cubierta de manchas de óxido. Avancé más lentamente a medida que me aproximaba a la entrada. Cull se me quedó mirando fijamente. Se me erizó la piel. El metal exudaba una humedad marrón rojiza. Olí el peculiar olor de la sangre y sentí como mi mano aferraba con más fuerza mi arma.

-Yo no…- dijo nerviosamente Cull. **-Esto es… siento… la ira.**

Yo también podía sentirlo. El filo de una navaja de afeitar raspando mis nervios.

-Es…- murmuró Cull.

-¡Encuentra los controles de apertura de la puerta!- le interrumpí. **-¡Rápido!**

Cull me miró, su cabeza temblaba mientras se daba la vuelta. Mi dedo se tensó en el gatillo de mi carabina, luego él asintió y se movió entre la maraña de tuberías y cables situada al lado de la puerta.

-Debe estar bloqueada- dijo Cull. **-No estoy seguro de que podamos abrirla sin forzarla con explosivos.**

La puerta comenzó a abrirse con un húmedo silbido hidráulico, interrumpiendo a Cull. Me dejé caer sobre una rodilla y levanté mi arma. Cull se echó hacia atrás, levantando sus pistolas mientras los dientes de bloqueo de las puertas se iban abriendo. Un aire rancio y pesado salió del interior. Cada fibra de mi cuerpo y de mi alma me gritó que corriera. Pero no había ido hasta allí para darme la vuelta. Me puse en pie lentamente, sintiendo como la sangre latía en mis venas y entré.

-¿Estás oyendo eso?- preguntó Cull.

El lento y fuerte latido de un corazón palpitaban en el aire. Podía oír a la oscuridad respirando a nuestro alrededor, pausada y profundamente. Seguí avanzando. Mis gafas pasaron a visión

nocturna. Parpadeé, miré hacia arriba y vi dónde habían ido los Hijos de la Eternidad.

Los Ejecutores no habían ignorado a los Hijos de la Eternidad. Habían tratado de negociar con ellos. Los habían traído hasta aquí y los habían encerrado. Eso había sido un error. Hay una razón por la que existe la Inquisición y existen los inquisidores, y hay una razón por la que la gente como yo les servimos. No es porque los inquisidores tengan sed o ansia de crueldad, sangre, muerte y suplicios. Solo hacen lo que deben de hacer ante un universo que solo nos desea el mal. Yo les sirvo porque he demostrado que puedo enfrentarme a la verdad y aún así, apretar un gatillo. Soy una amarga necesidad de la supervivencia.

Una columna de palpitante carne rojiza se elevaba en el espacio central del área de detención. Su superficie estaba salpicada de bocas que se abrían y se cerraban lentamente, con dientes afilados como agujas brillando en su interior. La columna de carne subía hacia lo alto, perdiéndose en la oscuridad. Detrás de ella, puede ver las puertas de las celdas que rodeaban el espacio central, todas abiertas. La humedad brillaba sobre el abollado metal, tentáculos de carne serpenteaban desde la columna hacia el suelo. Miré al piso. Vi figuras humanas esparcidas por el suelo, algunas con las armaduras de los Ejecutores, otras con atuendos pandilleros, otras con harapos hechos jirones. Los palpitantes tentáculos de carne se aferraban a su pálida piel. Un hombre, vestido con mono de trabajador, yacía justo a mis pies. Sus ojos estaban abiertos y mientras lo miraba, sus labios comenzaron a moverse.

.

-Comer… Comer…- jadeó el trabajador.

Le disparé. La cabeza del hombre explotó cuando el proyectil de mi carabina lo atravesó.

-¡Corre!- me gritó Cull.

Mi conciencia se agudizó y, de repente, me di cuenta de que me había adentrado demasiado en el área de detención, demasiado cerca de la infame columna. Salté hacia atrás, pero ya era demasiado tarde. Un tentáculo de carne saltó hacia mí, con un círculo de dientes brillando en su punta.

Cull disparó detrás de mí. Sus balas destrozaron el tentáculo y se estrellaron contra la columna de carne, que se estremeció, exhalando una niebla rojiza por sus bocas. Yo disparé varios proyectiles perforantes que rasgaron la carne. El obsceno pilar se tensó como si fuera un músculo apretado con fuerza y gritó.

El sonido me golpeó casi físicamente. Los tentáculos de carne palpitaron mientras la sangre caía sobre las figuras que yacían en el suelo. Los cuerpos se alzaron en el aire. Las balas se clavaron en su carne, pero los cuerpos flotantes ya estaban ardiendo como la Ejecutora en el túnel. Sus cráneos se alargaron mientras sus dedos se convertían en garras. Dejé de disparar.

-Cull, ya tenemos lo que vinimos a buscar- le grité, mientras le agarraba por el hombro. Cull se volvió, levantando sus manos para golpearme. Lo empujé hacia atrás.

-¡Corre, Cull!- le grité. **-¡Corre!**

Se puso a correr, ambos corrimos. Detrás de nosotros, las criaturas de la disformidad fueron emergiendo de la carne de sus portadores y corrieron hacia nosotros, rugiendo, con sus garras de hierro arrancando chispas del suelo de metal. Saqué una granada, arranqué el pasador y la tiré detrás de nosotros.

La explosión apenas los frenó. Podía escuchar en mi mente sus gritos de hambre y de furia.

-¿A dónde vamos a correr?- gritó Cull. **-¡No hay ninguna salida!**

-Me dijiste que había unas plataformas elevadoras en la parte delantera del edificio- le dije.

-Sí, pero cae al acantilado.

Me detuve un momento para disparar hacia atrás. Las criaturas más cercanas retrocedieron cuando las balas impactaron contra ellas. Eran recién nacidos a la realidad, desnutridos y aún débiles. Con tales pequeñas bendiciones nos protege el Emperador.

-¡Vamos!- aullé.

-¡Lo sé, lo sé, ya corro!

Llegamos hasta la escalera que descendía hacia los montacargas de los vehículos y los bajamos saltando. La puerta situada al fondo era muy pesada, pero sus amplias bisagras gimieron mientras se abría cuando la empujamos.

El frío aire de la noche nos golpeó. Toda una red de puentes metálicos y pasarelas se alejaban de la puerta. Bajo nosotros, las luces en el fondo del sumidero brillaban como ascuas dispersas en la noche.

-Esta puerta no va aguantar- señaló Cull.

-Activa tu paracaídas gravitacional- le dije.

Mi paracaídas gravitatorio volvió a la vida en mi espalda. Me acerqué al borde de la plataforma más cercana. Una caída de un kilómetro se abría bajo mis pies.

La puerta tras de nosotros comenzó a ceder, escuchamos el gemido del metal al desgarrarse. Cull estaba a mi lado.

-¡Salta!- le dije.

Me retorcí ya en el aire y activé la conexión de vox.

-¡Artabanus!- grite por comunicador.

-Sí, señora- contestó Artabanus. **-Deduzco por esta conexión que sigue viva. ¿En qué puedo acatar su voluntad?**

-Detona las cargas en el acantilado- le dije.

-Acato su voluntad- contestó.

Una bola roja de fuego estalló en la pared de acantilado, junto al edificio, luego otra, y otra, hasta que el fuego corrió a lo largo de la pared del cañón como una sonrisa ardiente. Por segundo, todo quedó en silencio. Entonces una enorme losa de metal y piedra comenzó a deslizarse por la cara del acantilado. Las vigas y cables que sujetaban la estructura contra el acantilado se desgarraron cuando una avalancha de escombros cayó sobre ellas. Los restos de todo el edificio pasaron junto a nosotros, cayendo entre una nube de polvo y fuego. Fui decelerando mi descenso, así que caí como si estuviera suspendida sobre ellos. Los restos chocaron contra el fondo del sumidero, lanzando nubes de escombros por los aires. La onda expansiva alcanzó los edificios situados junto al sumidero y arrancó más escombros hacia golpeado acantilado.

-¿Qué es eso?- preguntó Cull por el vox.

Aparté mi mirada de la devastación que se estaba produciendo debajo de mí y levanté la cabeza. Un pálido amanecer iluminaba el horizonte. Las oscuras siluetas de las cañoneras caían del cielo iluminado. Nuevas explosiones florecieron sobre las chimeneas y torres de Mitra X. Las cañoneras descendieron, el rugido de sus motores resonó en los cañones que formaba el sumidero. Vi como las puertas correderas se abrían en sus costados y saltaban las figuras blindadas que se agazapaban en su interior. Los disparos volaron en su dirección. Las bocas de los cañones de las naves comenzaron a girar y devolvieron los disparos, rugiendo como místicas bestias de guerra y metal. Sonreí mientras me acercaba al suelo.

-¿Quiénes son esos?- volvió a preguntar Cull.

-Es mi señor- le respondí por el vox.



Covenant me encontró a lo grisácea luz del amanecer. Llegó con un grupo de los soldados de asalto que había tomado prestados para purificar la ciudad. Había recibido la señal enviada por Artabanus y había venido personalmente para ver como los Ejecutores eran completamente purgados. Estaba a un par de sistemas solares de aquí, pero había salido hacia Mitra poco después que yo. Había llegado 48 horas antes y había quedado en las proximidades, esperando. Simplemente no me lo había dicho.

Me arrodillé cuando él saltó de su cañonera y caminó hacia mí. Su largo abrigo de cuero gris baila a su alrededor, agitado por el corriente de las turbinas de la nave. El cañón psíquico de su hombre se movía de un lado hacia otro, cubriendo los edificios que nos rodeaban mientras avanzaba, pero su mirada permanecía fija en mí. Siempre he escuchado a la gente decir que Covenant es joven, y quizás lo sea… al menos para ser un inquisidor. Aunque no estoy de acuerdo. Es muy viejo, pero no en la forma que comúnmente contamos los años. Solo necesitas mirarlo a los ojos para darte cuenta de lo que digo. Detrás de mí, Artabanus se inclinó. Elias Cull dudó por un segundo y luego también se arrodilló.

-Mi señor Covenant- dije.

-Levante e informa- dijo el inquisidor.

Me puse en pie. Covenant miró a Cull y Artabanus, que seguían arrodillados mientras continuaba lloviendo. La lente óptica de su cañón psíquico se centró en mí.

-Se ha producido una incursión de la disformidad, con la manifestación de múltiples identidades. Los Ejecutores locales están contaminados. Creo que se ha eliminado la brecha principal, pero aún podría haber portadores humanos con huéspedes en libertad.

-¿Tienes información sobre dónde pueden encontrarse esos objetivos?- preguntó Covenant.

Señalé hacia donde Cull permanecía arrodillado, la lluvia corría por su oscuro cabello.

-Mi señor,- comencé, **-le sugiero que utilice a ese hombre como guía para los ataques y objetivos secundarios. Es un agente local de inteligencia. Se llama Elias Cull.**

Covenant asintió, mirando fijamente a Cull. El agente de la verdad lo miró y bajó rápidamente los ojos.

-¿Fue testigo de la incursión maléfica?- preguntó Covenant.

-Sí, mi señor, pero es muy competente, y su espíritu es fuerte, aunque no lo parezca.

-¿Crees que puedes juzgar tales asuntos, Ianthe?- preguntó el inquisidor.

-Creo que no lo habría logrado sin él- dije.

Covenant se quedó inmóvil durante un buen rato, luego se dio la vuelta.

-Cuando hayamos terminado, quiero un informe completo- dijo Covenant.

-¿Mi señor?- llamé.

Se volvió y me miró.

-¿Sí?

-Me ha seguido hasta aquí sin decirme nada- le dije. **-Usted sabía que esto era más que la simple purga de un culto. Esto era una prueba.**

-Era algo que debía hacerse- dijo Covenant.

Esperé, pero no añadió nada más.

-¿Qué va a pasar con Cull y Artabanus?- le pregunté.

Covenant enarcó una ceja.

-Eso lo decidirás tú, y tendrás que vivir con la decisión que tomes.

-Entonces los llevaré conmigo- dije. **-Son útiles.**

-Si esa es tu decisión…- dijo, y volvió a la cañonera sin mirar atrás.

Cull y Artabanus se levantaron y se acercaron a mí.

-¿Y qué pasa ahora?- me preguntó Cull.

-Regresamos al trabajo- le contesté.

FIN

